

Miguel de Unamuno, o de la juventud a la madurez

En el primero de los ocho tomos que recogerán toda su correspondencia, hallamos un autorretrato en vivo del autor vasco, que evoluciona desde la radicalidad hasta una moderación o al menos matización de sus ideas



IÑAKI EZKERRA

JAÉN. El 2017 ha sido un año decisivo para la profundización en la personalidad y el pensamiento de Miguel de Unamuno, así como en el proceso de formación de ambos. En enero, la editorial Oportet, que dirige Emilio Pascual y que ya había publicado en 2016 el esclarecedor volumen 'Venceréis pero no convenceréis: la última lección de Unamuno' de Pollux Ernúñez, sacó a la luz 'Apuntes de un viaje por Francia, Italia y Suiza', un libro inédito que el intelectual vasco escribió a modo de diario cuando tenía 24 años.

A ese acontecimiento se suma ahora otro: la publicación del primero de los ocho volúmenes que, bajo el título 'Miguel de Unamuno. Epistolario', recogerán la correspondencia del escritor y filósofo; un proyecto monumental asumido editorialmente por la Universidad de Salamanca, y en cuya labor de catalogación se han ocupado durante años los hispanistas franceses Colette y Jean-Claude Rabaté.

El primer tomo, que nos llega en estas vísperas del fin de año, reúne el material epistolar de la época de juventud, o sea el período comprendido entre 1880, cuando su autor tenía 16 años de edad, y 1899, cuando ya tenía cumplidos los 35 y había publicado los ensayos de 'En torno al casticismo' en 1895; la novela 'Paz en la guerra', en 1897; y sus obras teatrales 'La

esfinge' y 'La venda' en 1898 y 1899 respectivamente.

Nos encontramos, de este modo, ante más de 300 cartas, de las que aproximadamente 60 son inéditas y que constituyen en su conjunto el testimonio más directo y gráfico de la evolución que Unamuno experimentó de la adolescencia a la madurez en sus juicios sobre España, Europa y Latinoamérica; sobre la política y los políticos; sobre la literatura y sus contemporáneos; sobre cultura y civilización; sobre estética y sobre urbanismo; contra el ensanche de Bilbao y contra el alcalde de Salamanca; contra el militarismo y el colonialismo españoles; «contra esto y aquello» mucho antes de que publicara el libro de artículos que lleva ese título tan

beligerante.

La evolución que se aprecia a lo largo de estas cartas, unas privadas y otras abiertas, algunas en borrador, camina en el sentido de la moderación o la matización cuando menos. El primer Unamuno, el de la juventud, es más radical y categórico que el hombre que va naciendo en él. Habrá fobias que conservará hasta la edad madura, pero incluso estas se acabarán domando. Las diferencias, por ejemplo, que mantiene con Rubén Darío tienen mucho que ver con la fascinación que este experimentaba por un París al que Unamuno detestó desde su visita a la Exposición Universal.

Sin embargo, ese prejuicio no le impide valorar un modernismo del que Ricardo Gullón le considerará al propio Unamuno participe, si bien su modelo estético sería la austeridad castellana y no el lujo parisense que deslumbraba al poeta nicaragüense. Como tampoco le impidió estar atento a toda la literatura que cruzaba el Atlántico. Lejos de aplicar a esta términos despectivos como el de 'rastacuerismo', en el que incurrió Baroja, Unamuno se solidariza con las quejas de Rubén Darío ante la insensibilidad de los franceses, pero piensa que «es natural que París no descubra a los hispanoamericanos mientras estos no vayan a descubrirle América en vez de darle un reflejo del mismo París».

Unamuno considera que, en vez de contar «complicaciones modernistas y sensualidades cerebrales», esos escritores deben cantar «las penas del Martín Fierro», «las luchas políticas entre generales y doctores», «el soplo de la pampa»,



EL SONIDO DEL AGUA EN LAS ACEQUIAS

Autor: Miguel de Unamuno. Edición de Colette y Jean-Claude Rabaté.

Editorial: Universidad de Salamanca. 1.110 páginas. Salamanca, 2017.

Precio: 34,30 euros (ebook, 12,99)

Lo que no queda de París

Pajak narra, con palabras y dibujos, cómo era la capital francesa en los años 20

:: J. ERNESTO AYALA-DIP

JAÉN. El que más o el que menos, alguna vez ha ido a París. Unos van solo a visitar la Torre Eiffel y otros solo a ver La Gioconda. Unos terceros se desplazan a la Ciudad Luz para

comprobar si es verdad que París es una fiesta. Otros, como un servidor, a pasearse por sus bulevares, visitar la tumba de la pareja inmortal formada por Amedeo Modigliani y su jovenísima esposa Jeanne Hébuterne en el cementerio de Père-Lachaise. Al que le guste París yo le recomiendo que lea 'Manifiesto incierto 2. Nadja, André Breton y Walter Benjamin bajo el cielo de París', del escritor y dibujante francés Frédéric Pajak. El libro es una maravilla. Y póngase mu-

cha atención a los dibujos del mismo autor, piezas imprescindibles para entender mejor lo que nos relata.

Aquí está el París de los años veinte, el que debió ver Baudelaire desde las terrazas de los cafés; el que vio y sintió como suyo, aunque nunca reconfortado por ningún tipo de hospitalidad parisina que se precie, el filósofo alemán Walter Benjamin. También nos relata Pajak los ensoñados itinerarios de André Breton. El encuentro en la calle y el romance del ideólogo del surrealismo con la sublime Nadja (llamada en realidad Leona Delcourt). Nadja (que en ruso y demás idiomas eslavos significa 'esperanza')



Retrato de Unamuno en su juventud. :: E.C.

«la majestad de los Andes»... La carta que dirige en marzo de 1899 a su colega de generación Luis Ruiz Contreras es de una lucidez que profetiza el éxito que alcanzaría en Francia el 'boom' latinoamericano.

Cartas

Unamuno se carteó con novelistas a los que admiraba como Clarín o Pérez Galdós; con Giner de los Ríos, Costa o Ganivet, es decir con regeneracionistas de izquierdas y derechas. Escribió al propio presidente Cánovas del Castillo para salvar de la ejecución en el castillo de

Montjuic a su amigo anarquista Pedro Corominas, acusado injustamente de participar en el atentado contra la procesión del Corpus de junio de 1896.

Esa carta y otras que aparecen recogidas en el volumen dan fe del formidable y eficaz despliegue de esfuerzos que Unamuno llevó a cabo para salvar la vida del padre de Joan Corominas, el gran filólogo y autor del célebre Diccionario etimológico. Lo que nos muestra, en fin, este impagable epistolario es el autorretrato en vivo de un hombre comprometido con la realidad de su país y su tiempo.

peranza) tenía pocos más de veinte años. Esa historia de amor, que pasó a convertirse en un libro mítico de la literatura surrealista, apenas duró diez días. Breton se cansó de su musa, que comenzaba a mostrar síntomas de locura. Ese París era el París auténticamente parisino, de la misma manera, según el autor, que hay mujeres de París y hay parisinas. Al lado de esa bohemia entre ombliguista y errabunda, París era una ciudad llena de gente de todas las clases cercadas por sus respectivos y castizos barrios, ricos y muy pobres y miserables, pero con su aroma inconfundible.

Pajak sigue la vida de Walter Ben-

jamin, sigue su destierro definitivo de su lejana y trágica Alemania. Es pobre, pero es también cuando comienza a escribir el libro de su vida: 'El libro de los pasajes'. En medio de estas pinceladas biográficas, Frédéric Pajak analiza el paso del tiempo por la capital francesa. Y su diagnóstico no es muy alentador. París no es la ciudad ni de Breton ni de Benjamin. París sufrió el progreso y el ataque indiscriminado de hacer ciudad, edificios y derrocar lo que había para reemplazarlos por auténticos crímenes arquitectónicos. Un libro necesario para recuperar el París que poco a poco el futuro nos va robando.